

que te has traído de Yau-tepec y que se está muriendo de *tiricia*.

—¡A ver! ¡sácala, negro, sácala, y que venga á bailar con nosotros el *valse* y la *polca* y el *chotis*!

—Ven, Manuelita, y cuidado con disgustar á mis compañeros,—dijo el Zarco, tomando de la mano á la joven, que se dejó arrastrar como una víctima y que procuró fingir una sonrisa.

—Aquí estoy, hermanos, y aquí está mi chata para ir al baile.

—Huerita,—dijo Salomé, que traía una botella en la mano.—Nos va á acompañar al baile que vamos á hacer para celebrar las hazañas de su querido, el Zarco; antier le dió el tormento de la *caña* al francés y escupió luego las oncitas que debe usted haber guardado, buena moza, y vamos á beber y á gustar... Véngase para acá y deje de estar allí tan triste como la Virgen de la Soledá el viernes santo.

—Bueno, bueno,—dijo el Zarco,—vamos á disponer el baile y á preparar los licores, que ya vendré por Manuela para llevarla. Vístete, mi vida, y cómponte para el baile, que ya vengo por ti.

—Zarco, tú eres celoso,—dijo Salomé, dándole una palmada en el hombro, con tono de burla;—eres celoso, y tú sabes que entre nosotros eso no se usa. Por ahora te consentimos esas tarugadas, pero no sigas con ellas mucho tiempo, hermano, porque no convienen.

Manuela tembló. Todo se convertía en nuevos peligros para ella. Luego que se quedó sola, llamó á su confidente para que la ayudara á vestirse, y en realidad para hablar con ella.

—¿Quién es ese francés que tienen preso?—le preguntó.—¿No sabe usted nada?

—¿Cómo no!—contestó la mujer,—y me extraña mucho que usted no lo sepa. Ahí está el francés en un sótano de la casa de la hacienda, y todos los días le dan tormento para que escupa el dinero su familia que está en México. Dicen que ya dió una talega, y que la tiene el Zarco. *El Amarillo* (así se llamaba su hombre) es el que lo cuida ahora, lo mismo que á los demás.

—¿Pues qué, hay otros?—preguntó curiosamente Manuela.

—Ya se ve que hay otros,—respondió la mujer.—Hay un gachupín, hay otro tendero, otro viejo muy tacaño que se queja todo el día, y otros más pelados, pero que pueden dar sus cien ó doscientos pesos. ¡Siempre es algo!

—¿Y podría yo verlos?

—¿Cómo no! Si el Zarco quiere llevarla á usted, es lo más fácil; pero como es usted tan delicada, se va usted á afligir.

—No me afligiré,—respondió Manuela, con aire de resolución;—ya estoy cambiada, ya voy á seguir los consejos de usted.

— ¡Ah, qué gusto! — exclamó la mujer, — entonces va usted á divertirse mucho. ¡Ya verá usted!

Como el Zarco llegaba en ese momento, Manuela le rogó que la condujera adonde estaban los *plagiados*.

El Zarco la miró con sorpresa.

— ¿Tú? — le dijo, — ¿tú quieres ver á los presos? Pero ¿qué ha sucedido?

— Ha sucedido, — contestó Manuela, — que voy á probarte que no estoy triste ni descontenta con esta vida; que no me espanto de nada, y que, cuando me resolví á dejar mi casa y mi familia por ti, es que estaba yo determinada á seguirte á todas partes y á correr tu suerte.

— ¡Bueno, muchacha, eso sí me gusta! Me tenías muy disgustado, pero, puesto que estabas fingiendo, y que eres lo que yo pensaba, ahora sí soy feliz. Voy á llevarte adonde están esos tarugos y no les tengas lástima, porque tienen dinero y no arriesgan la vida como nosotros.

Manuela, ya vestida y compuesta para el baile, y muy bella, á pesar de su palidez y de su demacración, se dejó conducir por el bandido hasta las viejas bóvedas de los *purgares*, que servían de cárcel á las desdichadas víctimas de los facinerosos.

En la única puerta que había practicable estaba una guardia de veinte bandidos, armados de mosquetes, pistolas, machetes y puñales. Todos guar-

daban silencio y tenían cubiertos los rostros con pañuelos.

Aquellos vastos salones abovedados, que habían servido en otro tiempo para guardar los panes de azúcar, y que son conocidos en las haciendas con el nombre de *purgar*, habrían estado completamente oscuros si en los ángulos no hubiera alumbrando una lamparilla de manteca, junto á la cual se tendían en petates inmundos cuatro hombres atados de pies y manos, vendados los ojos, y que habrían sido tomados por cadáveres si de cuando en cuando no hubiesen revelado en movimientos de dolor, ó en apagados sollozos, que eran cuerpos que vivían.

— ¡Mira al francés! — dijo el Zarco á Manuela, llevándola á uno de los rincones y señalando á un hombre anciano, con la cabeza gris, fuertemente vendado y que apenas daba señales de vida.

Junto á él había vigas en cruz, reatas, lanzas, y algunos otros objetos de tortura, un jarro de agua y una botella de aguardiente.

— Antier le hemos dado *caña* á este maldito gabacho, y por eso ha dado las onzas, pero si no suelta más dinero le haremos algo peor. No sabe todavía lo qué es tener el pescuezo apretado, ni que le saquen las uñas de los pies y de las manos. ¡Ya lo sabrá!

A estas últimas palabras, dichas en voz alta, el pobre francés, que las había escuchado, trató de incorporarse, y con voz débil y suplicante, dijo:

— ¡Oiga, señor, por el amor de Dios, máteme; ya no puedo más, máteme!

— No, todavía no, viejo agarrado, manda traer otras cuatrocientas onzas; sino, ya verás lo que te pasa.

— No tengo más onzas, — contestó el desdichado; — ¡soy pobre, tengo familia, tengo hijitos, no hay quien me preste!... ¡No tengo más!... ¡no tengo más!... ¡máteme!...

— Vámonos, — dijo Manuela, próxima á desmayarse; — si no tiene dinero, mátenlo...

— No, — repuso el Zarco, riendo con una risa siniestra y espantosa, — esto dicen todos; se desesperan, quieren morir, pero, como la vida no retoña, acaban por soltar la mosca. Mañana dará éste lo que le pedimos. Ya se avisó á su familia, y ya escribió él, diciendo lo que le pasa.

— Bien, — dijo Manuela, toda temblando, — ¿pero qué? ¿el gobierno no mandará tropa á perseguir á ustedes y á libertar á éstos? ¿Sus familias no avisarán?

— ¡Ah, no! no les conviene, porque tendrán miedo de que los matemos. Además, no puede el gobierno enviar fuerzas contra nosotros, y aunque las enviara no nos harían nada; no nos encontrarían aquí. ¡Si tú no sabes, Manuelita; nosotros somos fuertes, estamos seguros, y lo que es por ahora, nadie nos ronca!... ¡Pero vámonos al baile, que ya nos están aguar-

dando! Es preciso que bailes con todos, que estés risueña; no vayan á decir que estoy celoso, y vayamos á tener una *tinga*.

Manuela salió del purgar apresuradamente, livida, convulsa, con los ojos fuera de las órbitas, loca de horror y de pavor. Por espantoso que fuera á ser ese baile, no podría producirle el pavor, la inmensa repugnancia que acababa de causarle el cuadro de los *plagiados*.

Como el baile se daba en las piezas que estaban un poco más enteras en la antigua casa de la hacienda, y junto á las bóvedas del purgar, la pareja subió las ruinosas escaleras, y pronto se presentó en el salón, alumbrado con velas de sebo y lleno de humo, en que se habían reunido los bandidos para divertirse.

Resonaban allí algunos bandolones, guitarras y jaranas tocando polcas y valsos, porque es de advertir que esos bandidos eran poco aficionados á los bailes populares, como el jarabe, y sólo como una especie de adorno ó de capricho solían usarlos. Los plateados tenían pretensiones, bailaban á lo decente, pero por eso mismo, sus bailes tenían todo el aspecto repugnante de la parodia ó el grotesco de la caricatura.

Al entrar Manuela con el Zarco se alzó una gritería espantosa; vivas, galanterías, juramentos, blasfemias, todo eso salió de cien bocas, torcidas por la embriaguez y la crápula. Todos los bandidos famosos

estaban allí, cubiertos de plata, siempre armados, cantando unos canciones obscenas, abrazando otros á las perdidas que les hacían compañía. Manuela se estremeció; apenas acababa de soltarse del brazo del Zarco, cuando se acercó á ella el mulato colosal y horroroso que tanta repugnancia le inspiraba. Traía todavía su venda, que le cubría parte de la cara, pero dejaba ver su enorme boca, armada de dientes agudos y blancos, de los que sobresalían los dos colmillos superiores, que parecían hendirle el labio inferior, y venía literalmente forrado en plata, como si hubiera querido sobrepujar en adornos á sus demás compañeros.

—Ora va usted á bailar conmigo, huerita, —dijo á Manuela, cogiendo con una de sus manazas el brazo blanco y delicado de la joven.

Por un movimiento irresistible, Manuela retrocedió asustada y procuró seguir al Zarco para refugiarse con él. Pero el mulato la siguió, riéndose, la ciñó el talle con su brazo nervudo, y dijo al Zarco:

—Mira, Zarco, á tu chata, que corre de mí y no quiere bailar: ¡obligala!

—¿Hombre, qué es eso, Manuela? ¿por qué no quieres bailar con mi amigo el Tigre? Ya te dije que has de bailar con todos, para eso has venido.

Manuela se resignó, y fingiendo una sonrisa lastimosa, se dejó conducir por aquel monstruo de fealdad y de insolencia.

— ¡Ah! —exclamó éste, echándose el gran sombrero para atrás, mientras que seguía ciñendo y apretando convulsivamente la cintura de Manuela. — ¡Bien dije yo que había de tener el gusto de abrazarla á toda mi satisfacción! Por ahora está usted con un hombre y nos vamos á dar gusto bailando este *chotis*.

Manuela casi cerró los ojos y se dejó llevar por aquella especie de cíclope, que la devoraba con el único ojo que le quedaba libre y que la bañaba con su resuello como con un vapor de aguardiente.

Al verlos pasar así, espantoso él, como una fiera rabiosa, y débil ella, y doblada, como una presa, los demás bandidos le gritaban:

— ¡Ah tigre, no te comas á esa venadita!

Después de haber dado algunas vueltas en aquel salón infecto, atropellando y empujando á cincuenta parejas de bandoleros y de mujeres, ebrios, el Tigre dejó de bailar, pero inclinándose hacia su compañera le dijo, con voz ahogada por los deseos y apretándola brutalmente el brazo:

—Chatita, desde que la vide llegar con el Zarco me gustó, y le encargué á la Zorra, la mujer del Amarillo, que se lo dijera, no para que usted me correspondiera luego luego, sino para que lo supiera de una vez; no sé si se lo habrá dicho.

Manuela no contestó.

—Pues si no se lo ha dicho, ahora se lo digo yo francamente; usted me ha de llegar á querer.

—¿Yo?... —exclamó la joven asustada.

—¡Usted! —replicó el Tigre, — ¡ya verá usted!... El Zarco no es constante y le ha de pagar á usted mal, como las ha pagado á todas... Pero yo estoy aquí, mi alma, para que cuando le dé el desengaño se acuerde usted de mí, y entonces sabrá usted quién es el Tigre; usted no me conoce y no conoce todavía al Zarco. No se espante de verme así, con la cara vendada, porque precisamente estoy así por causa de usted.

—¿Por causa mía? —preguntó Manuela con una curiosidad mezclada de pavor.

—Sí, por causa de usted, y se lo voy á explicar. Me hirieron en Alpuyecá los gringos á quienes matamos. Yo los maté, ¡vaya!... yo fui quien sostuvo la pelea, mientras que el Zarco robaba los baúles; un gringo me dió un balazo con su pistola, que por poco me saca un ojo; pero al fin se murió él y se murieron todos los que lo acompañaban en clase de hombres. Pero el Zarco apenas nos dió la mano en lo fuerte de la pelea, y después de que ya estaban todos caídos y moribundos, fué cuando vino él y los mató cuando estaban rendidos, y mató á las mujeres y á los muchachos. Sí, señor, así fué. El Zarco es un lambrijo y un gallina, pero eso sí, se sacó todas las alhajas para llevárselas á usted y no nos dejó más que la ropa inútil, porque ¿para qué queríamos eso? ¡Levitas, sacos, túnicos viejos, trapos de catrines!

Y el Zarco se cogió lo mejor, después de que nosotros triunfamos. ¡Está bueno! ¡los gavilanes no chillan! Pero luego que vide á usted, dije: «¡Ora sí, me emparejé! Que se lleve el Zarco las alhajas, pero que nos deje á la huerita y estamos á mano.»

Manuela parecía ser presa de una pesadilla y se sintió desfallecer. Las revelaciones sobre el Zarco, sus asesinatos de las mujeres, de los moribundos y de los niños; aquellas amenazas del Tigre, todo era superior á sus fuerzas y á su resolución de afrontar semejante vida. ¡Había caído en el infierno! Sabía que aquellos hombres eran simplemente bandidos, y en realidad eran demonios vomitados por el averno. ¡Oh! ¡si hubiera podido escapar en ese momento! ¡si hubiera podido al menos morir! Quedóse paralizada y muda; sacóla de aquel estado la voz áspera y ronca del Tigre, que la preguntó:

—¿Qué es lo que le pasa, linda? ¿se asusta usted de lo que le digo?... ¿No le había contado á usted el Zarco todas sus hazañas y valentías? Apuesto á que no; pues sépalas y váyase conformando con lo que le digo, usted ha de venir á parar á mi poder.

—¿Pero usted cree que el Zarco se va á dejar? —exclamó al fin Manuela, sofocada de ira y de fastidio.

—¡Y á mí qué me importa que se deje ó no, chata! ¿pues qué? ¿usted piensa que yo le tengo miedo á ese collón? Si usted admite mi cariño, ahora mismo,

dígame una palabra y mato al Zarco. Con eso, de una vez se queda usted libre... Si no, esperaré, y ya verá usted lo que pasa.

—¡Pues yo se lo voy á decir al Zarco para que esté prevenido!

—¡Pues dígaselo usted, linda, dígaselo usted!— respondió el Tigre, con una risa desdeñosa y siniestra, en que se revelaba una resolución espantosa. —Ya el Zarco me conoce,—añadió,—y verá usted si es verdad lo que le digo; el Zarco, de quien se ha enamorado usted porque lo ha creído hombre, no es más que un lambrijo. Conque dígaselo usted, y para que sea pronto, la voy á sentar y me quedo aguardando.

Manuela fué á sentarse aterrada. Seguramente iba á producirse allí una catástrofe; el Tigre deseaba provocarla á toda costa para matar al Zarco, y ella estaba destinada á ser el botín del vencedor. ¡Qué situación tan espantosa! Manuela se sentía agonizar.

Pero cuando ella buscaba con angustia á su amante, á quien, á pesar del horror que ya le inspiraba, creía su único apoyo, le vió dirigirse hacia ella, ceñudo, frío, lívido de cólera. Manuela creyó que estaba celoso del Tigre, y pensó que era llegado el momento de la riña que estaba temiendo.

Pero el Zarco, con una sonrisa satánica y enronquecido por la ira, la dijo:

—¡Conque ya sé cuál es el motivo de tus triste-

zas y de tu aburrimiento en estos días, ya me lo han contado, y no me la volverás á pegar, arrastrada!...

—Pero ¿qué es? ¿qué es? ¿qué te han contado, Zarco?—preguntó Manuela, tan asombrada como despavorida al oír esas palabras.

—Sí; ya me dijo la Zorra que lo que hay es... que te has arrepentido de haberte largado conmigo, que has conocido que no me querías... de veras...; que el único hombre á quien amabas era el indio Nicolás; que sientes haberlo dejado; que la vida con los plateados no te conviene, y que en la primera ocasión que se te ofrezca me has de abandonar.

—¡Pero yo no he dicho!...—interrumpió temblando Manuela.

—El Zarco no la dejó acabar.

—¡Sí, tú se lo has dicho, falsa y embustera; no quieras negarlo! Yo tengo la culpa por fiarme en una catrina y una santularia como tú, que no quería más que alhajas y dinero... Pero, mira,—añadió, cogiéndola un brazo y apretándoselo bestialmente,—lo que es de mí no te burlas, ¿me entiendes? Ya te largaste conmigo y ahora ves para qué naciste. ¡En cuanto al indio herrero, yo he de tener el gusto de traerte su cabeza para que te la comas en barbacoa, y después te morirás tú, pero no te has de quedar riendo de mí!

Manuela apenas pudo decir al Zarco, en actitud suplicante:

—¡Zarco, hazme favor de sacarme de aquí, estoy enferma!...

—¡No te saco, muérete!—contestó el bandido, en el paroxismo del furor.

No bien acababa de decir estas palabras, cuando hubo un gran ruido en la puerta de la sala, y varios bandidos, cubiertos de polvo y con el traje desordenado por una larga caminata, se precipitaron adentro con aire azorado, y preguntando por Salomé Placencia, por el Zarco, por el Tigre y por los demás jefes.

Salomé y los otros fueron á su encuentro.

—¿Qué hay?—preguntó aquél, mientras que todos los plateados iban formando círculo en torno suyo y cesaban, como es de suponerse, la música y la algazara del baile.

—Novedad,—respondió uno de los recién llegados, sofocándose.— Hemos corrido diez leguas para avisarles... Martín Sánchez Chagollan, el de Ayacapixtla, con una fuerza de cuarenta hombres, ha sorprendido á Juan el Gachupín y á veinte compañeros y los ha colgado en la catzahuatera de Casasano.

—¿Y cuándo?—preguntaron en coro los bandidos aterrados.

—Anoche á cosa de las diez los sorprendió. Estaban emboscados esperando un cargamento que iba á pasar, cuando Martín Sánchez les cayó, los acorraló y apenas pudieron escaparse cinco ó seis, que vinie-

ron á buscarnos y que se han quedado heridos y no han podido venir hasta acá.

—¿Pero... qué... no pelearon esos muchachos?—preguntó Salomé.

—Sí, pelearon, pero los otros eran más y traían muy buenas armas.

—¿Y qué? ¿no tuvieron aviso?

—¡Eso es lo que extrañamos!, pero creo que la gente comienza á ayudar á Martín Sánchez y á faltarnos á nosotros.

—Pues es preciso vengar á nuestros compañeros y meter miedo á las gentes, para que no se vayan á voltear enteramente contra nosotros. Mañana, amaneciendo, todos vamos á salir de aquí, y que se nos reúnan los demás que andan dispersos, y vamos á buscar á Martín Sánchez y á ver si es tan bueno contra quinientos hombres como contra treinta. Conque alístense para mañana.

—¿Y qué hacemos con los presos?—preguntó uno.

—Pues esos que se mueran,—dijo Salomé,—¿para qué queremos estorbos?... Tú, Tigre, anda, y mátalos luego luego.

—Mira, Salomé,—dijo el Tigre adelantándose,— mejor dale esa comisión al Zarco; él sabe bien matar á los muertos,—añadió con desprecio.

—¿Matar á los muertos dices, Tigre?

—¡Sí, matar á los muertos!—replicó el Tigre;—acuérdate de Alpuyeca.

— ¡Pues ya verás si sé matar también á los vivos!
— replicó el Zarco, lívido de cólera.

— ¡Bueno, bueno,— dijo Salomé, interponiéndose;
— no queremos disputas, cualquiera es bueno para despachar á los presos! El caso es que no amanezcan; llévenle la orden al Amarillo y vámonos; se acabó el baile.

— ¡Ah! ¡otra noticia!— añadió otro de los recién llegados.— Esta mañana se enterró, en Yautepec, la madre de la muchacha que se trajo el Zarco.

Entonces se oyó un grito que hizo volver la cara á todos aquellos hombres.

— ¡Mi madre!— exclamó Manuela, y se dejó caer desfallecida en el suelo.

— ¡Pobrecita!— dijeron las mujeres, ya vueltas en sí de la embriaguez ante aquella lluvia de malas noticias.

— Levántala, Zarco, y llévatela y que se conforme, porque sino nos va á estorbar.

El Zarco, ayudado de algunas mujeres, levantó á Manuela, la cargó y se la llevó á la capilla, donde la recostó en su cama. La joven estaba moribunda. Tantas emociones seguidas, tantos peligros, tantas amenazas, tantos horrores, habían abatido aquella naturaleza débil y estaban obscureciendo aquel espíritu. Manuela parecía idiota y no hacía más que llorar en silencio.

El Zarco, preocupado también con mil pensa-

mientos diversos, encolerizado contra el Tigre, celoso de Nicolás, cada vez más enamorado de Manuela, pero contrariado infinitamente por las últimas noticias, y por la necesidad que había de marchar, no sabía qué hacer.

Daba vueltas como una fiera encerrada en su jaula; llamaba á las mujeres para que asistieran á su querida, comunicaba órdenes á los bandidos que le obedecían y le servían, preparaba maletas, registraba los baúles, se sentaba unas veces á orillas de la cama en que se reclinaba Manuela, y veía á ésta con miradas en que era difícil distinguir el amor, el odio ó las tentaciones de una resolución siniestra; y otras se ponía á pasear á lo largo de la capilla, blasfemando.

Por fin, se acercó á la joven y con acento frío y seco le dijo:

— Ya eso no tiene remedio; deja de llorar, y prepárate para que marchemos mañana de aquí y ayúdame á hacer las maletas. Guarda bien tus alhajas; eso es lo que importa.

Entre nosotros, — añadió, viendo que Manuela sollozaba con más violencia, — no se usa afligirse tanto ni hacer tanto duelo cuando se nos muere alguno... ¡para eso nacimos! Además, tu madre ya estaba vieja, y me aborrecía la buena señora; rézale un sudario, y amén... no vuelvas á acordarte de ella. Tu indio debe haberla enterrado y se cogerá la

huerta, y se pagará los gastos; después lo enterrarás á él, no tengas cuidado, y tendrás el gusto de llorar en su sepultura.

Así, pues, aquel bandido, aquel Zarco, á quien Manuela había creído siquiera hombre, siquiera compasivo, no era más que un perverso sin entrañas, que se complacía en aumentar su tormento, en insultarla en los momentos de mayor pesadumbre, y en calumniar al hombre generoso que, seguramente, y ya sin interés de ninguna especie, había asistido en sus últimos instantes á la pobre y desventurada anciana.

Ya lo había pensado Manuela.

Pilar y Nicolás eran los que habían velado junto al lecho de muerte de la desdichada señora y la habían dado sepultura.

¡Nicolás y Pilar! ¡Otra vez esta pareja, que no se apartaba de su imaginación! Ahora, ¡qué grandes y qué nobles le aparecían los dos jóvenes!... Pero ¡qué desgracia que no se le aparecieran así sino para causarle el horroroso tormento de los celos, y la indecible vergüenza de considerarse como un monstruo de ingratitud y de bajeza en comparación de ellos!

Y, sin embargo, atormentada y degradada, despreciable como era, sólo el pensar en Nicolás le parecía un vislumbre de consuelo en medio de aquella espantosa noche que la rodeaba por todas partes con sus

tinieblas, sus terrores y sus peligros, desconocidos, pero pavorosos.

Por fin se incorporó, y bebiéndose las lágrimas, se puso á preparar las maletas, sintiendo la muerte en el alma.

